EL PROBLEMA DE LAS GENERACIONES EN LA LITERATURA ESPAÑOLA CONTEMPORANEA

Hallar una base de periodización es una de las tareas fundamentales de la historia literaria, ciencia que —en la medida en que pueda serlo— es tanto descripción de fenómenos como clasificación de los mismos. El tema ha sido largamente debatido; ya el segundo congreso internacional de historia literaria (celebrado en Amsterdam en 1935) se propuso como objetivo monográfico «Los períodos en la historia literaria desde el Renacimiento» [1] sin conseguir, a mi modo de ver, unas conclusiones satisfactorias. Durante largo tiempo, y esto fue cosa que se dejó notar en las mencionadas reuniones, los «estilos», en cuanto síntesis de vastos y plurales movimientos ideológicos, sirvieron para esta ineludible función clasificatoria. Su mayor inconveniente era el de abarcar grandes períodos —articulados en una dialéctica bastante ingenua— y, a la larga, ser un incómodo lecho de Procusto que obligaba a arbitrar precarias soluciones: de ese modo, se hizo necesario hablar de pre-románticos y post-románticos, de presimbolistas y postsimbolistas, de pre-renacentistas y postbarrocos, con todo lujo de acumulaciones de prefijos que casi anulaban la clasificación original. Por otra parte, la adhesión de un autor a un estilo no siempre connotaba fidelidad a todas y cada una de las características enunciadas para aquel período: si romanticismo equivalía a liberalismo, ¿por qué no eran románticos Manuel José Quintana, Leandro Fernández de Moratín o José Joaquín de Olmedo, escritores que inician una postura absolutamente burguesa y moderna ante la condición del escritor? Al llegar a los más modernos el problema se agravaba por la brusca acelera-

1. Puede verse un análisis de las diferentes posiciones en el artículo de Raimundo Lida, «Períodos y generaciones en historia literaria», en *Letras hispánicas*, México 1958, pp. 24-44.

ción del *tempo* histórico-literario; los «estilos» se sucedían con rapidez vertiginosa, se superponían los unos a los otros o constituían meras etapas en la personalidad de un mismo creador. ¿Era la solución hablar de un «macroestilo» contemporáneo, con inciertos denominadores comunes, al que llamaríamos vanguardia? (Esta fue, por cierto, la postura adoptada por críticos de derecha, normalmente hostiles al arte de nuestros días: pienso en Weidlé, Seldmayr o Lasserre). ¿O es que los estilos no serían, antes que un principio de clasificación, un repertorio de fórmulas que el artista escoge condicionado por factores muy dispares y que hoy hace imprevisible el prurito de libertad y protesta que constituye desde 1850 el patrimonio del intelectual moderno?

Pero otra posible periodización existe y ese va a ser el tema de mi intervención. Su objeto no va más allá de proponer a la discusión una serie de limitaciones a las teorías generacionales en el estudio de la literatura española moderna; afirmar, no obstante, lo que pueden tener de positivo para una posible sociología de nuestros escritores [2] y, por último, trabar en una urdimbre unitaria los hechos y reacciones subsiguientes que han dado pie a la clasificación generacional de nuestras letras más recientes. En España el planteamiento del tema arranca de Ortega donde me parece básico en su pensamiento historicista [3] (tal como se formula en *El tema de nuestro tiempo,* 1924, y *En torno a Galileo,* 1933) y ha sido profusamente explayado por sus discípulos Julián Marías (*El método histórico de las generaciones,* 1949), Pedro Laín Entralgo (*Las generaciones en la historia,* 1945) y Francisco Ayala (*Tratado de sociología,* 1947). Fuera de España, W. Dilthey fue, entre otros muchos, el precursor de una preocupación que se sintió aguda y sintomáticamente en el período de entreguerras; François Mentré (*Les générations sociales,* 1920), Walter Pinder (*El problema de las generaciones en la historia del arte,* 1926; trad. esp., 1946), Julius Petersen (*Las generaciones literarias* en el libro misceláneo *Filosofía de la ciencia literaria,* 1930; trad. esp., 1946), Albert Thibaudet (que clasifica por generaciones su póstuma *Historia de la literatura francesa de 1789 a nuestros días,* 1936; trad. esp., 1939) y Henri Peyre (*Les générations littéraires,* 1948). Alguno de estos libros será ocasionalmente citado aunque, repito, mis objetivos apuntan a una concreta rectificación

2. Robert Escarpit lo hace así en el capítulo «Générations et equipes» de su casi programática *Sociologie de la Littérature*, Paris 1958, pp. 33-40.

3. Bastantes objeciones al método orteguiano en María Rosa Alonso, «¿Es el método de las generaciones un método comprobado?», *Revista Nacional de Cultura* (Caracas), mayo-junio de 1958, y José María Monner Sans, *El problema de las generaciones*, Buenos Aires 1970, pp. 123-154.

del valor metodológico de las divisiones generacionales propuestas en la historia literaria moderna de nuestro país. Repasemos primero cuáles son estas divisiones:

Generación de 1868. Abarcaría a los escritores que comienzan su actividad al filo del último tercio del siglo XIX, más o menos afectados por el proceso revolucionario que se inicia el año titular y precariamente «constitucionalizado» por la Restauración. Han defendido e ilustrado esta clasificación Alberto Jiménez Fraud (*Juan Valera y la generación de 1868,* 1956), Sergio Beser (*Leopoldo Alas, crítico literario,* 1968) y, recientemente, Juan Ignacio Ferreras («La generación del 68», *Cuadernos Hispanoamericanos,* LXXXIII [1970] págs. 549-561).

Generación de 1898. Epígrafe que ahorra todo comentario descriptivo y, en cuanto está universalmente aceptado, cualquier referencia a quienes lo han utilizado.

Generación de 1914. Término utilizado por primera vez por Lorenzo Luzuriaga y aceptado por J. Marichal (en el prólogo a su edición de *Obras Completas* de Manuel Azaña, 1966) y Manuel Tuñón de Lara (*Medio siglo de cultura española,* 1970), entre otros. La compondrían, en torno a la jefatura de Ortega, hombres como Américo Castro, Pérez de Ayala, Marañón, Luis Araquistáin, Azaña, Madariaga, etc., que, a su vez, confluirían con la promoción catalana que marca la creación de la Mancomunitat en 1916 (D'Ors, Carner, «Guerau de Liost», Alomar) y que en cuanto generación se confundiría con aquel «novecentismo» castellano del que hablara Díaz Plaja (traduciendo el término catalán «noucentisme»).

Generación de 1927. Epígrafe casi tan universalizado como el de 98. Coincide con el feo remoquete de «generación de la Dictadura» y el de «generación de 1925» que defendió Luis Cernuda.

Generación de 1936. Confundida y confundible con la anterior. El nombre fue lanzado por Homero Serís [4] y debatido en España por Dionisio Ridruejo y Ricardo Gullón que lo aceptan, Aranguren (que se muestra escéptico) y Vicente Marrero (que lo utiliza con la connotación peyorativa de «minoría astillada del 36»). Resucita recientemente en torno a un número monográfico de *Insula* y a las reuniones patrocinadas por la Universidad de Siracusa en los EE. UU. [5]

4. Pueden verse las referencias de la polémica en el exilio en Homero Serís, *Manual de bibliografía de la literatura española,* I, Nueva York, 1968, p. 701. El debate peninsular tuvo lugar en *Revista* (1952), orientada por Ridruejo; el problema se mezcló con el enfrentamiento entre liberales de procedencia falangista (que aceptaban la titularidad señalada) y ultraconservadores como Calvo Serer y Marrero, que llegan a autodenominarse «generación de 1948» (*Arbor,* diciembre de 1947).

5. *Insula,* núm. 224-225, julio-agosto de 1965; *Symposium,* XXII, 2 (1968).

Generación de 150. Término todavía vago pero que empieza a asomar a propósito de la hogaño polémica promoción de poetas y narradores «sociales» en la España de postguerra. [6]

La clasificación propuesta nos bridaría casi la óptima cadencia quindecenal preferida por Ortega; de 1868 a 1898 median treinta años que se podían salvar colocando en medio una promoción de naturalistas más jóvenes (hacia 1880) como Palacio Valdés, Ortega Munilla, la Pardo Bazán y «Clarín» —nacidos entre 1852 y 1856—; de 1898 a 1914 van dieciséis años; de esta última fecha a 1927, trece; de 1927 a 1936, nueve (en realidad, la fecha clave de esta generación, en su aspecto literario, podría posponerse hasta 1940); de aquí a 1950 (ó 1955 por parecidas razones de actividad editorial) van los catorce años requeridos.

De entrada, sin embargo, quiero plantear dos limitaciones fundamentales:

1.º) ¿Hacemos fecha titular de la que agrupa a los nacimientos (como quieren Peyre y Marías) o de la que corresponde a la experiencia histórica traumática o aglutinante que determina unas líneas de actividad (como propone Petersen)? Como se ha podido ver, los historiadores de la literatura española han preferido este último procedimiento, reversible, sin embargo, al primero con tal de sustraer veinte o treinta años a la cifra epónima.

2.º) ¿Hasta dónde llevamos los límites de la homogeneidad intrageneracional, tanto en una consideración sincrónica como diacrónica? Es decir: tomado un punto álgido de actividad generacional normalmente juvenil (lo que aproxima la teoría generacional a la envejecida dialéctica entre lo «nuevo» y lo «viejo»), ¿de cuántas características comunes participan los sujetos?; tomada su trayectoria biográfica completa, ¿desde dónde y hasta dónde se extienden las constantes generacionales?

Aceptada la determinación por un hecho histórico —una guerra, una opción política, una crisis ideológica o de clase (si ambas cosas no son lo mismo)—, el primer inconveniente que se plantea es que el acontecimiento en cuestión no solamente afecta a la promoción «generacionable», sino que es sufrido por las demás con igual o mayor intensidad e inde-

6. José María Castellet (en «La novela española, quince años después», *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, núm. 33, noviembre-diciembre de 1958, p. 51) habla de la «generación del medio siglo». Nora (*La novela española contemporánea*, III, Madrid 1962, pp. 289-290) observa por su lado una «situación generacional», fija entre 1922 y 1935 las fechas de nacimiento de los escritores realistas y en 1954 los ortos literarios más caracterizados. G. Sobejano (*Novela española de nuestro tiempo*, Madrid 1971, p. 420) apoya estas mismas fechas y habla de «una sensibilidad generacional clara... (y) una tendencia a la agrupación».

pendientemente de su edad en aquel momento [7]. Cuando, por ejemplo, estalla en Europa la guerra de 1914 y la opinión española se divide entre aliadófilos y germanófilos, todos sabemos que, salvo contadas excepciones —Ricardo León, Rodríguez Marín, Armando Cotarelo y en parte Benavente—, la mayor parte de los escritores militó en una ardiente aliadofilia que vino a suponer una protesta implícita contra la monstruosa alienación colectiva impuesta por la Restauración a la pequeña burguesía. El hecho podemos y debemos estudiarlo como un componente más de los que potencian a la entonces emprendedora generación de 1914 pero, en la práctica, Unamuno, «Azorín», Valle-Inclán, e incluso Galdós y Palacio Valdés (miembros de generaciones anteriores) figuraron en primera línea de manifiestos, mítines y propaganda periodística de signo aliadófilo [8]. Si las consecuencias eran las mismas, las causas eficientes de la agrupación debían serlo también.

La homogeneidad intrangeneracional tampoco saldría muy bien parada ante el embate de ejemplos concretos. Es un hecho que la pérdida del imperio colonial español afectó mucho menos a los posibles miembros de la generación de 1898 que una serie de circunstancias menos citadas pero más decisivas: la ruptura con el positivismo filosófico (y la paralela ruptura literaria con el naturalismo) que dan paso a un irracionalismo en ideología y a una profundización psicológica en literatura; la tentación revolucionaria (anarquista o marxista), impronta de la subversión proletaria; la frustración de los ideales pequeño-burgueses, dramáticamente encadenados al carro de la oligarquía. Esos sí que son sentimientos que no compartió Galdós. por ejemplo (testimonio de la ascensión de una clase media cuya opresión sienten, sin embargo, los «noventayochos») pero que son válidos para la generación de Ortega y el Pérez de Ayala que escribe las novelas de Alberto Díaz de Guzmán. Como el europeísmo activista y la imagen pública de *scholar* que éstos ofrecen son aspectos que comparten con la generación siguiente (la de 1927) a la que, por otro lado, Giménez Caballero denominaría de «nietos del 98» (en *Genio de España,*

7. Ese es el problema que se plantea Yves Renouard, «La notion de génération en histoire», *Revue Historique*, CCIX (1953), pp. 1-23, quien, inspirándose en Eugéne Cavaignac, propone considerar en cada momento histórico la coexistencia de cuatro generaciones: la de los que lo ignoran (entre 0 y 10 años), la de los que lo padecen (10-40 años), la de los que lo han preparado y conducido (40-70 años), la de los que no son ya afectados (más de 70). S. Beser utiliza esta precisión en su libro sobre «Clarín», mencionado más arriba en el texto. Por su lado, Renouard puso algunas precisiones a la teoría de J. Marías en su reseña del *Bulletin Hispanique*, LIII (1951).

8. Algunos datos muy interesantes sobre ello en C. H. Cobb, «Una guerra de manifiestos, 1914-1916», *Hispanófila*, núm. 29 (1966), pp. 45-61, y en mi artículo, «Una frustración histórica: la aliadofilia de los intelectuales», de próxima publicación en *Insula*.

1930) y aunque el inquieto Bergamín hubiera escrito en *La Gaceta Literaria* que «dijo 98 y su voz resonó como una campana fúnebre».

La validez de los lazos que unen entre sí las generaciones (tema que lanzan al ruedo las citas de Giménez Caballero y Bergamín) sería otro aspecto de aleccionadoras repercusiones. Julius Petersen —al que siguió en su día Pedro Salinas— considera como uno de los seis factores que determinan el tránsito de una generación a otra el anquilosamiento de la más veterana. La validez de este aserto no es total: Campoamor, Núñez de Arce o Echegaray periclitan ante los hombres del 98; no así Galdós —como nos recuerda la entusiasta recepción de su *Electra* (1901) [9]— que recibe las primeras piedras de Gómez de la Serna y Antonio Espina; la «nivola» unamuniana es un ingrediente de primer orden en relatos de Benjamín Jarnés como *Locura y muerte de nadie;* Antonio Machado condiciona la actividad de generaciones muy recientes; Valle-Inclán es acogido en revistas de la generación de 1914 —publica en *España, Luces de Bohemia,* y en *La Pluma, Los cuernos de Don Friolera*—, siendo precisamente los críticos de esta última revista —Pérez de Ayala y Madariaga— los que señalan su auténtico valor. (Frente a Salinas que habla a propósito del «esperpento» de la tardía filiación noventayochesca de Valle-Inclán, yo creo que el verdadero «noventayocho» del escritor gallego está en la sublimación de su *alter ego* Bradomín y en el mundo arcádico y medievalizante de las dos primeras *Comedias bárbaras*).

Si ahora intentásemos hacer gavilla literaria de las obras de los miembros de una misma generación, tal empeño sería imposible en más de un aspecto. En el caso de 1868, ¿cómo conciliar la aparición del realismo, la poesía filosófica de Campoamor, el drama neorromántico de Echegaray, la irrupción del «género chico» o el ensayo de Manuel de la Revilla, José del Perojo y Francisco Giner de los Ríos?; en torno a 1898, ¿cómo mezclar regeneracionismo, decadentismo, ensayística de corte autobiográfico y *bildungsroman*?; en 1914, ¿qué tiene que ver Ramón Gómez de la Serna con Manuel Azaña? Y así podría seguir hasta el infinito, continuando las líneas maestras de aquel brillante ensayo de Ricardo Gullón, «La invención del 98» [10], ejemplo de insólito buen sentido literario. Y nada digamos cuando se lleva la investigación fuera de las zonas cronológicas de auge

9. Cf. Jossette Blanquat, «Au temps d' *Electra* (documents galdosiens)», *Bulletin Hispanique*, LXVIII (1966), pp. 253-308; E. Inman Fox, «Galdós' *Electra*: A Detailed Study of Its Historical Significance and the Polemic between Martínez Ruiz and Maeztu», *Anales Galdosianos*, núm. 1 (1966), pp. 131-141.

10. En *La invención del 98 y otros ensayos,* Madrid 1970, pp. 8-19; en el mismo libro, Gullón acoge, sin embargo, los epígrafes «generación del 27» y «generación del 36».

generacional y nos vemos obligados a meter en el mismo saco las obras de madurez de Unamuno y «Azorín», por ejemplo.

Lo que nos llevaría a concluir que cada fecha de convocatoria generacional es esencialmente polivalente y que su sugestión es efímera (dura tanto cuanto las condiciones morales y materiales que ha impuesto). Si volvemos a 1868 se entenderá mejor: el aspecto de protagonismo burgués, de lucha ideológica y de decimonónico anhelo de «lo Absoluto», se vierte paralelamente —como ha visto muy bien López Morillas [11]— en el krausismo y en la novela realista; pero, como en su día señaló «Clarín» (en su artículo «El libre examen y nuestra literatura presente» en *Solos de Clarín,* 1881) la ruptura con los prejuicios y el individualismo se ven también en el escepticismo campoamorino o en las pasiones desatadas del drama de Echegaray; quizás también el miedo al futuro abierto se perciba en el Bécquer tradicionalista del que habla Rubén Benítez y que podría ser respuesta a las revoluciones de 1848 y 1854; en tanto, el ingrediente popular y burlón se percibe —como viera en su día José Yxart (*El arte escénico en España,* II, 1896)— en la creación del «teatro por horas» y sus diferentes especificaciones literarias (sainete, zarzuela «chica», parodia, bufos, etc.).

En torno a 1898 podemos apreciar también otra significativa gama de actitudes: un relato semiautobiográfico —más bien un *bildungsroman*— que traspone la frustración y las sublimaciones de un intelectual pequeño burgués sofocado por la vida provinciana (rasgo discernible en conocidos títulos de «Azorín» y Baroja pero también aparente en las páginas más personales de Unamuno y en narraciones posteriores de Wenceslao Fernández Flórez, Gabriel Miró y Pérez de Ayala [12]; un satanismo decadente, de signo autobiográfico asimismo, que cubre una necesidad muy parecida a la anterior y donde cabe lo más valioso del modernismo; una efímera y primeriza etapa de militancia política extrema —tan espléndidamente estudiada por Rafael Pérez de la Dehesa, E. Inman Fox y Carlos Blanco Aguinaga— que supone la inicial rebelión sentimental anterior al agónico espiritualismo de madurez. Quizás en el caso de la generación del 27 es donde la trayectoria colectiva se produce con mayor homogeneidad aunque

11. *El krausismo español,* México 1956.

12. Me refiero en el caso de Fernández Flórez a la trilogía compuesta por *La tristeza de la paz* (1910), *La procesión de los días* (1914) y *Volvoreta* (1917), en las que Albert P. Matture ve rasgos noventayochescos (en su poco afortunado *Wenceslao Fernández Flórez y su novela,* México 1968); en el de Gabriel Miró tanto a *Las cerezas del cementerio* (1910) como al posterior ciclo de *Nuestro Padre San Daniel* y *El obispo leproso*; en el caso de Ayala no hace falta decir que a la tetralogía de novelas protagonizada por Alberto Díaz de Guzmán, *Tinieblas en las cumbres* (1907), *A.M.D.G.* (1910), *La pata de la raposa* (1912) y *Troteras y danzaderas* (1913).

la barrera de la edad separe a un Guillén y a un Salinas de Lorca, Alberti o Cernuda pero menos de un Dámaso Alonso o un Vicente Aleixandre; en cualquier caso, me parece básica una división de ambientes: el de los años veinte (poesía pura, popularismo, centenario de Góngora) y el de los años treinta, tras la crisis de 1929 (surrealismo, arte para las masas, centenario de Lope). Y todavía habría un tercer período de rehumanización de cara a los reajustes de la postguerra.

Resumiendo: ambigüedad en la proyección literaria de los condicionantes históricos, limitado plazo de su validez y ausencia de rupturas bruscas tanto como de cambios decisivos. La historia, como la naturaleza, «non facit saltus» en otro sitio que no sean los manuales más envejecidos. Este último es el caso de la frustración pequeño-burguesa de 1898 que perdura en la generación de 1914 —donde ya existen, sin embargo, élites y plataformas de opinión— y que llega a la tentación del activismo en las generaciones de 1927 y 1936, abocadas al *impasse* de la guerra civil.

Creo que todo ello va contribuyendo a restringir la validez del término «generación literaria». ¿Dónde está, pues, el rescate de su utilidad que anunciaba al comienzo de mi intervención? La respuesta me parece esta: si lo despojamos de connotaciones literarias y afirmamos su esencial permeabilidad, serviría para designar el ingreso en la historia de grupos de cierta coherencia que durante un plazo más o menos corto dan diferentes testimonios de un mundo común que les rodea. Es decir —empleando una terminología goldmanniana (versión a su vez del estructuralismo genético de Piaget)— nos encontraríamos con un grupo social caracterizado al que correspondería una temática y una cosmovisión determinadas al que podemos seguir llamando «generación» sin excesiva impropiedad; el ejemplo, sin salir de la fecunda obra de Goldmann, está muy patente: la célebre relación «noblesse de robe»-jansenismo-visión trágica que presenta *La Dieu caché*. Creo que ésta sería la vía ideal de estudio de la problemática de los períodos literarios, olvidando pretensiones clasificatorias y asentando la literatura en la sociedad que la hace sin pretender convertir generaciones o períodos en compartimentos estancos.

Por otro lado, resulta indudable que las crisis históricas que señalaba arriba y que dan epígrafe a cada generación, no son más que las etapas de un proceso unitario que afecta tanto al escritor como al público (en términos sociológicos a la *personalidad de base social* y la *personalidad de base literaria* [13]: de un lado, encontramos la dificultad de crear un es-

13. Cf. Gilbert Mury, «Sociologie du public littéraire. Le concept de personnalité de base et la convergence des procedures de recherche», en *Le littéraire et le social. Elements por une*

píritu pequeño-burgués en la España de las mesocracias temerosas; de otro, la trayectoria de malaventuras de una imagen pública, la del «intelectual» con vocación de participar en la historia, que responde a cada convocatoria que proporcionan las variaciones y desmayos de un Estado con el que no se identifica. El nombre de «intelectual», con todas sus connotaciones, puede ser una excelente palanca de reunificación. En 1916 un crítico como Cansinos Assens lo manejaba con sintomática antipatía («vienen llenos de mesura, recelo y frialdad»), decía exactamente en *La nueva literatura*) oponiendo dos tipologías muy claras: la del escritor «intelectual» y la del escritor «tout court». Jaime Vicens Vives, un historiador de síntesis muy fecundas, se apercibió de ese nexo de unión y habló de una «generación acumulativa del 98» [14], quizás recordando la trayectoria hijos-nietos del 98 que estableciera Ernesto Giménez Caballero. El problema revierte entonces a la historia sin adjetivos: a un pasado que integramos todos —una cadena de autores y otra paralela de lectores— y que se constituye en un tema de sociología literaria. Terminaré recordando las palabras de Robert Escarpit en el IV Congreso de la Asociación Internacional de Literatura Comparada (Fribourg 1964): «El objetivo es rehacer no ya la historia de tal o cual literatura —es decir, de tal o cual imagen abstracta de una realidad parcial— sino rehacer la historia literaria de las sociedades». [15]

JOSÉ-CARLOS MAINER

sociologie de la littérature, Paris 1970, pp. 205-220. Lo que Mury hace es una crítica del concepto «conciencia posible» de Goldmann, proponiendo a cambio un estudio basado en los siguientes puntos: el éxito de una obra revela una comunidad de rasgos entre el autor y su público que llamaremos «personalidad de base literaria»; cada una de éstas forma parte de una más amplia «personalidad de base social»; cualquier estudio de sociología literaria debe radicarse en las relaciones entre ambos conceptos.

14. *Historia social de España y América*, V, Barcelona 1959, pp. 409-410.

15. «Les cadres de l'histoire littéraire», *Actes du IV^e Congrès de l'Association Internationale de Littérature Comparée*, I, Paris 1966, p. 201.